

Mimi



**LAS TRES EDADES**

Y DIJO LA ESFINGE:  
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,  
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA  
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.  
¿QUÉ COSA ES?  
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

# Mimi

John Newman

Traducción del inglés de  
Denise Despeyroux

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Mimi*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Del texto, John Newman, 2010

Published by arrangement with Walker Books Limited, London SE11 5HJ

© De la ilustración de cubierta, Del Thorpe, 2010

© De la traducción, Denise Despeyroux

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-15803-10-2

Depósito legal: M-7.194-2013

Impreso en Rigormagráfico

Printed and made in Spain

Papel 100 % procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

 Siruela

Las Tres Edades

Para Astrid,  
con amor

Parte 1

# Capítulo 1

Lunes: 149 días desde que murió mamá

Los lunes toca casa de la abuela. Allí es adonde voy al salir del colegio. Pero siempre visito primero la tienda de la señora Lemon, para comprar una chocolatina con lo que me queda del dinero del almuerzo, y la señora Lemon siempre dice:

–¿Qué es lo que puedo hacer hoy por mi buena amiga la señorita Mimi?

–Quisiera una chocolatina Spiff, por favor, señora Lemon.

–Marchando una chocolatina Spiff, jovencita... y unos caramelos solo para ti.

Y estiro la mano, y la señora Lemon pone tres o cuatro caramelos de la caja de chucherías en mi palma y me cierra los dedos en un puño. La señora Lemon me ha estado dando caramelos gratis cada día desde que mamá murió.

Así que cada día me aseguro de dejarme caer por su tienda. Lo mismo hace Sally, mi hermana mayor. Ella también consigue caramelos, pero hoy Sally se ha retrasado porque se ha quedado por ahí con sus amigos góticos. Eso significa que yo llegaré primero a casa de la abuela.

–¡Pero bueno! Si es la joven Mimi en persona visitando a sus ancianos abuelos –declara el abuelo cuando abre la puerta, como si se sorprendiera mucho de verme parada en el umbral.

–Es lunes, abuelo –le digo yo–. Vengo cada lunes.

–¡Claro que sí..., cómo tengo la cabeza! –y se golpea la frente con la mano como asombrado de haberse olvidado. Hace eso cada semana.

Y cada semana la abuela sale ajetreada de la cocina, limpiándose en el delantal las manos llenas de harina, y le regaña:

–¿Piensas dejar a la pobre niña parada en la puerta todo el día? Vamos, Mimi, no le hagas caso a este viejo tonto.

Por supuesto que el abuelo no es ningún viejo tonto... Bueno, sí es viejo, pero no es un tonto. De todas formas, él no se molesta para nada con la abuela; solo se ríe de ella y a mí me guiña el ojo.

Hoy la abuela ha hecho pepitos de chocolate para mí, y para Sally cuando aparezca y para Conor (él es mi hermano mayor, pero tiene fútbol los lunes, por eso no llega hasta más tarde). Todos los lunes la abuela cocina pasteles... y por eso está tan gorda, dice el abuelo.

–¡No lo estoy! –dice ella fingiendo enfado–. Ahora siéntate aquí, Mimi, y te voy a servir una gran taza de chocolate con esos pepitos.

Así que yo me siento a la mesa que hay contra la pared, y la abuela pone el mantel de cuadros rojos y el plato de flores violetas con seis pepitos de chocolate rebosantes de nata por dentro. El abuelo se estira para coger uno inmediatamente, pero la abuela le da una palmada en la mano.

–¡Las damas, primero! –le dice.

–Gracias, abuela –digo yo, y ella sirve uno en mi plato

primero y otro en su plato después, y yo sonrío al abuelo como riéndome y él me mira con cara de pena.

–Ahora puedes coger uno –le dice la abuela como si fuera un niño travieso.

Sally llega justo cuando acabo de terminar mi segundo pepito.

–Espero que me hayas dejado algo, cerdita glotona –me dice, y comienza a meterse uno en la boca sin ni siquiera ponerlo en el plato. La nata le mancha la nariz, pero la abuela solo se ríe.

–¿Quién es la cerdita? –le pregunto yo, pero entonces el abuelo me lleva con él para enseñarme a jugar al ajedrez y dejamos a Sally y a la abuela solas para que tengan una de sus largas y aburridas charlas.

Esta es mi segunda lección de ajedrez. La primera fue el lunes pasado y duró unos veinte segundos porque tenía que ver mi serie favorita: «Sureños». Yo siempre tengo que ver «Sureños» para poder contarle a la tía M los episodios que ella se pierde.

–Hoy tenemos diez minutos, antes de que empiece tu programa basura –dice el abuelo, esparciendo las piezas de ajedrez–, así que vamos a ponernos las pilas.

–No es un programa basura, abuelo..., es educativo.

–¡Qué va ser educativo! A ver... ¿cómo se llama esta pieza? –y levanta ese cono negro pequeñito del revés.

Por suerte sé cuál es.

–Es un león, abuelo –le digo confiada.

Él se ríe... Por eso sé que me he equivocado.

–No, no es un león, Mimi, es un peón.

–León, peón, tampoco hay tanta diferencia... –a veces encuentro que los adultos son unos exagerados.

–Uno es un animal y el otro es una pieza de ajedrez... Esa es la diferencia.

–Creo que mi programa está a punto de empezar, abuelo –le digo. No me parece que el ajedrez vaya a ser mi juego, de todas formas. Voy a coger el mando de la tele..., pero mi abuelo lo coge antes que yo.

–No tan deprisa, jovencita –y levanta otra pieza negra. Esta parece la cabeza de un caballo–. Esta pieza es un caballo.

–Entonces esta debe de ser una dama –digo yo levantando la cabeza de caballo blanca.

–¿Cómo? –dice el abuelo, realmente perplejo.

–Si la negra es un caballero, la blanca será una dama –le explico.

El abuelo se golpea la frente con una mano y suelta un gemido.

–¡Caballo, no caballero! –dice, y yo hago como que no noto diferencia. Entonces él ve que estoy bromeando y suspira–: ¡Vale! Vamos a ver «Sureños» –me alborota el pelo y nos echamos atrás en el sofá para ver la tele.

El abuelo quiere enseñarme a jugar al ajedrez porque yo soy china y los chinos inventaron el ajedrez hace cerca de un millón de años, por lo visto. Personalmente, yo no sé lo que la gente le encuentra a este juego, pero a él no se lo digo.

Al poco rato, el abuelo está roncando y yo chupándome el pulgar y viendo la tele, y todo es bonito y cómodo y tranquilo y a mí me gustaría quedarme allí toda la tarde, pero a las seis en punto me tengo que ir a casa.

No es largo el trayecto hasta casa. La abuela y Sally y yo nos apretujamos en el asiento de atrás del cacharro y Conor se sienta delante. La abuela siempre le dice a Conor que vaya delante porque tiene las piernas largas,

pero él le contesta que solo lo dice porque le da miedo sentarse delante cuando el abuelo conduce.

–Puede que tengas razón, Conor –se ríe la abuela–. ¡Mantén los ojos en la carretera, viejito! –le dice al abuelo.

–¿Conduces tú el cacharro o lo conduzco yo? –pregunta el abuelo mientras se salta un semáforo en rojo.

–¡Ese semáforo estaba en rojo! –grita la abuela–. ¿Prendes matarnos a todos?

Todas mis tías dicen que el abuelo ya no debería conducir, pero ninguna de ellas se ha atrevido a decírselo todavía. Yo espero que no lo hagan, porque eso realmente lo disgustaría mucho. Además, todavía no ha tenido ningún accidente y cuando conduce va tan lento como un caracol.

Antes de que lleguemos, Sally se bajará en casa de Tara, esa amiga suya tan rara. Eso es bueno porque yo quiero leer su diario antes de que vuelva a casa.